

Sacerdote de Obreros

LA MISION DEL PADRE PHILIP CAREY S. J., NO ES LA DE SER UN EXPERTO EN
ASUNTOS LABORALES O SINDICALES, SINO LA DE SER
PRIMARIAMENTE: SACERDOTE

Por ARTHUR y ELIZABETH SHEEHAN
(Traducido del inglés, por J. R. ALBERDI, S. J.)

(Tomado de la Revista TODAY, Feb. 1952)

Si quisiéramos comenzar con una frase que retratase al P. Philip de cuerpo entero escogeríamos ésta:

“¡Esos hombres son grandes; esos hombres son grandes!”.

Esta frase la refiere él a sus obreros. Se le escapa de los labios constantemente, mejor diríamos, de su corazón. Al menos así ocurrió la otra noche en la charla que nos dió en el FRIENDSHIP HOUSE. “Esos hombres son grandes; esos hombres son grandes”, la frase salía una y otra vez espontánea como el motivo predilecto de una música que se lleva muy metida en el corazón.

Nos fué presentado el P. Carey como Director del XAVIER LABOR SCHOOL, pero él no dijo gran cosa sobre esto. Su charla se le fué en narrar, historia tras historia, anécdota tras anécdota, las virtudes de la gente sencilla que él trata: conductores de camiones, de autobuses y gente por el estilo; a los que siempre se refiere como a santos de hecho o como a magnífica madera de santos.

Basta oír y ver hablar al P. Carey para darse cuenta de su inquietud apostólica y de su profunda energía. Acciona constantemente en busca de la palabra propia, expresiva, interrumpiéndose a sí mismo con anécdotas que ilustren su discurso, ajeno completamente a sí mismo. El dulce acento irlandés y la viveza de sus ojos no están muy de acuerdo con su lenguaje expresivo y hasta, a veces, rudo. Lo mismo ocurre con el aire juvenil de su cara que choca con el color gris de su pelo y con la tensión de su mirada. “Dejadme que os cuente algunos ejemplos para que veáis cómo son mis hombres. . . .” va diciendo el Padre.

"Por ejemplo: **Barnie McNamara**. **Barnie** trabaja como ayudante del jefe en el almacén de un gran establecimiento. ¡Un gran establecimiento, Señoras, un gran establecimiento! Pero en donde el buen **Barnie** no gana más que \$ 26 semanales. Su esposa **Rosa** y tres niños viven en unos bajos del Bronx. Ella friega los pisos y atiende a la cocina. ¡Magnífica mujer también **Rosa**!

Barnie pertenece a un Sindicato dominado por los rojos y tiene algún influjo sobre sus hombres. El siempre luchando en bien de sus hombres. Ellos le quieren.

Le ofrezco un trabajo en mejores condiciones con una paga por lo menos doble. ¿Creéis que lo acepta? No. "Yo no puedo abandonar a estos compañeros míos en este establecimiento, me dice **Barnie**, ellos dependen de mí. Yo quiero ayudarles".

"Pero, ¿no piensas en tu esposa?" le digo. Y él me da esta soberana respuesta: "¡Padre, **Rosa** es cristiana!" Esto es todo lo que me dice. "Bien, pero ¿y tus niños?" vuelvo a insinuar. "Mis niños. ¿Padre? ¡Nuestro Padre que está en los cielos y que cuida de los pajaritos que viven en los aleros de los tejados no se va a olvidar de mis pequeñines!"

Así que **Barnie** continúa en el mismo trabajo por cosa de dos años por la única razón de que cree que tiene que ayudar a sus compañeros. El piensa que su vocación es quedarse allí, para ayudar a aquellos hombres que tal vez no cobran más de \$ 21 para sostener a sus familias.

Con todo, al fin cambia de trabajo. Ahora en una compañía de transportes. Verle a **Barnie** y pensar de él que no es más que un gran "hombrón", es todo uno. Eso se concluye viéndole manejar pesados baúles. Lo que nadie sospecha es que este "hombrón" pierde 20 libras cada cuaresma ayunando. Siempre listo para la primera misa. Después toda la semana en el acarreo de baúles. Y como ayuna y necesita poco tiempo para despachar su almuerzo, le veréis correr a alcanzar la Misa de doce y media. ¡Un sencillo conductor de camiones! ¡Se dice pronto! ¡Pero qué santo, qué héroe!

¡Sí, esos hombres son grandes; esos hombres son grandes!"

Este es el modo que tiene el P. Carey de hablar sobre su apostolado. Desde que vino al **XAVIER LABOR SCHOOL** en 1940, cientos de **Barnies** han venido a él en busca de luz en sus problemas laborales. Todos han vuelto bien adoctrinados y equipados para la lucha por la justicia obrera.

Hemos entrevistado al P. Carey en su despacho del espacioso y viejo edificio en 30 West Street de la ciudad de New York, en donde se halla su **LABOR SCHOOL**, ocupando parte del Colegio de San Francisco Javier.

Nos explica primero cómo el **XAVIER LABOR SCHOOL** fué fundado por los Padres Jesuitas en 1936. La idea que sugirió la fundación fué muy sencilla: si los líderes de los obreros han de ser obreros, hay que enseñar a los obreros a ser líderes.

Los comunistas ya nos habían tomado la delantera. Sólo una manzana más al este, la calle 16 rompe bruscamente en la UNION SQUARE, famosa por sus oradores demagogos. Al otro lado, a poco mayor distancia están los famosos muelles en los que los cargadores "trabajan" los grandes buques día y noche. En las proximidades hay dos escuelas de economía marxista y exactamente encima del X.L.S. se encuentra la prolífica sección textil de la ciudad con sus miles de obreros.

La necesidad de preparar a los obreros era muy grande. Había que hacer de ellos hombres de principios, de coraje y habilidad, aptos para entender que las relaciones entre patronos y obreros deben resolverse en beneficio común y no subsistir como un eterno e insoluble problema. Los obreros debían conocer tanto sus obligaciones como sus derechos. Y sobre todo, tenían que aprender a luchar para proteger su dignidad personal, regalo de Dios a los hombres.

Los cursos del Instituto van derechos a llenar estos objetivos. Son cursos cien-por-cien prácticos, con muy poca teoría. El Instituto tiene ahora su decimoséptimo año con clases nocturnas dos veces por semana de 6.45 a 9.45 en el período entre Septiembre y Abril. Una tercera clase nocturna se dedica al análisis de casos concretos, que son discutidos por los alumnos desde los puntos de vista tanto del obrero como del patrono.

Los cursos se mantienen con la asistencia del P. Carey y su compañero P. John Corridan (probablemente nuestros lectores habrán visto sus fotografías en los periódicos de New York con motivo de la reciente huelga de los muelles). Una treintena de maestros (abogados, profesores, negociantes, expertos en cuestiones laborales, miembros de la US CONCILIATION SERVICE) colaboran con los Padres prestando enseñanza gratuitamente.

Los cursos están integrados por las siguientes asignaturas: Ética de las relaciones entre patronos y obreros, Derechos y Responsabilidades del Trabajo, Métodos de los Sindicatos, Negociaciones y Contratos, Práctica de Representación sindical en las fábricas, Casos de Compensación y Sistemas, Estudio de Tiempo y Evaluación de Trabajo. Se da gran importancia a la oratoria y al manejo de grandes auditorios. Uno de los folletos explica: Usted puede ser más sabio que Salomón, pero si no sabe demostrárselo eficazmente a los que le rodean, su influencia a pesar de toda su sabiduría será muy débil. No se cobra. Los que quieran dar su "perrochico" lo pueden hacer libremente. Lo único que se requiere para el ingreso en la Escuela es un carnet del Sindicato y una razonable seguridad de la seriedad de sus intenciones, y de su capacidad para llegar a ser líder. Tampoco se pone dificultad por razones religiosas. Son muchos los Protestantes, Judíos y Católicos que han recibido sus diplomas entre los 6,000 alumnos que han completado sus dos años de estudios en XAVIER LABOR SCHOOL. Todos los que atienden a las clases vienen naturalmente del campo obrero y la inscripción es por supuesto libre.

Como señala el P. Carey: "para ser líder de obreros no hace falta precisamente tener cargos en los Sindicatos. Un ejemplo entre mil: Gallagher. Sus compañeros le llaman "Pater", de broma, naturalmente, pero

ello revela la influencia moral que este obrero ejerce entre sus compañeros. El se ingenia para crear una atmósfera, un ambiente de cristianismo a su alrededor y lleva a sus hombres suavemente, tranquilamente a Cristo.

“Ya saben ustedes” —el Padre Carey pasa según su costumbre de un pensamiento a otro— “ya saben ustedes que las revoluciones no las hacen las masas. Un par de hombres decididos son los verdaderos artifices de las revoluciones”.

“Uno de mis hombres costó a una compañía de locomoción la friolera de \$ 250,000. Esta Compañía no tenía nada en contra de la filosofía cristiana como tal; pero en el caso concreto de un choque entre \$ 250,000 y la filosofía cristiana prefería los dólares. Y sin embargo los perdieron. Se trataba de sustituir a un grupo de contables de las oficinas por máquinas de contabilidad. Mi hombre salió en defensa de sus compañeros y la compañía tuvo que desembolsar \$ 250,000 a los contables”.

El P. Carey tiene buen cuidado de advertir que los católicos no nos oponemos al progreso técnico; pero tampoco adoramos al mito de que la “eficacia” es la meta del hombre. La eficacia no puede sustituir a lo bueno. No tratamos de detener el progreso, pero sí ponerlo a prueba y ver a dónde nos lleva antes de aceptarlo.

El P. Carey no es uno de esos profesorcillos que salta a la tribuna con aire doctoral y mucha suficiencia en el gesto. No es así como ha venido a su clase de formar líderes obreros. Incluso es un hombre de poca fe en el valor de lo académico para la formación de líderes obreros. No se vaya por esto a creer que es un hombre que desprecia la ciencia y los libros. Nada de eso. El mero hecho de que sea jesuita nos da pruebas suficientes de que es familiar a las clases y los libros. Su posición puede concretarse en esta frase que suele repetir muchas veces: “los obreros discurren con las manos. Los obreros no leen. No sin misterio dijo San Pablo que “la Fe viene del oído”.

Lo importante en el P. Carey es que él conoce a los obreros y sus problemas de veras. El P. Carey ha crecido entre ellos. Su padre fué conductor de tranvías en la vieja calle 138 del alto New York. Eso era en los viejos días en que los obreros no tenían la protección de los Sindicatos, ni los beneficios de la jubilación, ni protección en una palabra. Un jefe podía venir junto a él y decirle simplemente: “quedas despedido” y quedaba despedido sin remedio.

El hogar del P. Carey conoció las angustias de esta inseguridad y la inquietud de vivir siempre pendiente de si el padre podría seguir trabajando la próxima semana; sin embargo fué un hogar en donde siempre hubo paz, alegría y confianza. Nunca una duda sobre la protección de la divina Providencia. Seguridad en que el Sagrado Corazón cumpliría las promesas con los que le eran fieles. Cada noche a la hora del Rosario, aquel cristiano conductor de tranvías que era el padre del P. Carey rodeado de toda su familia añadía una Avemaría “por la Compañía de tranvías de la Tercera Avenida” de la que venía el pan de cada día para su familia. (¿Cuántos accionistas hacían lo mismo...?) Su capacidad de comprensión de los sufrimientos del obrero y de tomar parte en ellos con

una sincera compasión es lo que principalmente le han granjeado al P. Carey la confianza de tantos y tantos obreros y obreras. Es esa cualidad del sacerdote que el Cardenal Suhard parece que tenía presente cuando dijo: que el Sacerdote es el "hermano de todos".

Hoy son ya varios los graduados en XAVIER LABOR SCHOOL que representan puestos importantes en los Sindicatos: Joseph A. Fisher, International President de la Utility Workers Union; CIO Charles Cicchino, International Vicepresident, de la Streetcar & Motor Coach Employees AFL; John Dillo, Eastern Educational Director, UAW-CIO; Joseph Denny, International Secretary-Treasurer for the Brotherhood of bookbinders. Todos estos son antiguos alumnos de XAVIER. Estos y otros muchos están empeñados en la diaria batalla por los derechos y la dignidad del trabajador gracias a lo aprendido en XAVIER.

El P. Carey no se inmiscuye en los asuntos laborales una vez que los alumnos han abandonado la escuela, pero está siempre a la disposición de los que quieren volver en busca de consejo y orientación. El Padre pone en claro que la escuela no toma parte en las disputas del trabajo. No es éste el cometido de un centro dirigido por sacerdotes; sino dar consejo y dirección, enseñar principios seguros. El sabe que sus hombres pueden luchar sus propias batallas con tal de que se les oriente en la estrategia de los problemas.

He aquí como procede el P. Carey.

"Vienen mis hombres. Ellos tienen alguna queja concreta, pero no se arreglan para darle forma. Entonces yo les digo: ¡amigos, dejémonos de pamplinas; explicadme vuestro asunto en vuestro lenguaje sin preocuparos mucho de las palabras (naturalmente, no es éste el tono que se emplea en un internado de religiosos). ¡Y vaya si lo saben hacer en su lenguaje! A veces uno creería que las mismas paredes se fueran a despellejar de vergüenza por lo "académico" de lo que escuchan; pero a mí no me importa. El hecho es que nos entendemos.

"Entonces yo les digo: muy bien; comprendido. Ahora volvéis a vuestro trabajo y a ver si me buscáis otros diez hombres que piensen como vosotros y traédme los aquí. Ellos vuelven no con diez, pero sí con cinco compañeros. Seguimos charlando hasta que al fin le damos forma concreta y exacta al problema que les inquieta. ¡Cosa que no es tan fácil como pudiera suponerse! ¡Hay que saber encontrar las preguntas adecuadas, y sobre todo las respuestas! Porque, además, no es pedagógico darles las respuestas así sin más ni más. Hay que hacer que ellos mismos lleguen a las conclusiones para que las sientan de veras. Hay que aporrearlos con preguntas. Por ejemplo: ¿Cómo haría Cristo esto? ¿Qué pensaría Cristo en este apuro? Al fin hay que llegar a una decisión de actuar en grupo, solidariamente. Después se van.

"Luego, algunas veces me entero de cómo han actuado. Las más de las veces ni eso. Pero lo que a mí me interesa ya está hecho. Y lo que a mí me interesa es haberlos habituado a pensar y actuar como cristianos, a resolver sus dificultades, con soluciones prácticas, actuales. . . . si logro

eso ya me doy por satisfecho; ya tienen con eso lo principal para echar los cimientos sobre los que edificar sus vidas”.

Este es el meollo: enseñarles a pensar por su propia cuenta.

Parece sencilla esta tarea, pero ocupa bien cumplidamente las fuerzas de dos sacerdotes; pues los Padres Carey y Corridan tienen además de las clases, una incesante marea de obreros que vienen a ellos con problemas de toda clase. Ahora mismo, cuando entrevistamos al P. Carey, somos testigos de su actividad: constantemente abandona el despacho para ir ya al teléfono ya a recibir visitas. No son simples asuntos de sindicato lo que el Padre Carey ve en las dificultades y preocupaciones de un padre de familia o de un hombre que está luchando contra tentaciones y obstáculos. Para el P. Carey este obrero no solamente es un miembro de tal o cual sociedad; es un miembro del Cuerpo Místico de Cristo que trabaja en este momento en tal fábrica o tal barco realizando los eternos designios del Todopoderoso Dios.

Por eso cuando él cuenta historias de estos hombres son casi siempre historias de esperanzas, de ánimo, de avance. No le gusta hablar del lado oscuro que a veces presenta el cuadro.

“Los cargadores no vienen al LABOR SCHOOL” nos dice respondiendo a una pregunta nuestra. “Y la razón porque no vienen es ésta” “Suponeos que un grupo empieza a venir. Un día un jefe les interpela: Eh!, ¿con que nos estamos haciendo sabios, eh? He oído decir que también vosotros váis a aquel colegio comunista. Pues la idea no gusta mucho aquí. Con que ¿qué preferís? ¿Educación o que vuestros chiquillos se queden sin pan?

“Y claro está, los chiquillos necesitan comer pan y sus padres no aparecen más por nuestra escuela. ¡Es muy difícil hacerse idea de lo que está ocurriendo en los muelles! Ninguno de ellos os dirá una palabra. ¡En los muelles domina el terror, el terror, el terror! “Una vez tuve que encerrar en mi cuarto a un hombre y estarle con él toda la noche para evitar que cometiera un asesinato. Si alguien en este mundo ha tenido motivos para vengarse, aquel los tenía”.

Pero hay un pensamiento que domina en todo lo que el Padre nos dice. El pensamiento de la vocación. Sentir la vocación es lo básico para un obrero. El Padre enseña constantemente a sus obreros a ser conscientes de la dignidad de hijos de Dios y de hermanos de Cristo.

“Tengo, por ejemplo, aquí a un conductor de autobús. ¿Sabéis cómo le hablo? Mira, tú eres un conductor de autobús. Esta es una vocación. Cuando subas al autobús no te olvides de tu vocación. A cumplir con tu deber. Tu primer deber como conductor es no hablar con los pasajeros. Todos los pasajeros son templos del Espíritu Santo. Es decir, si están en gracia de Dios. Y tú debes tratarlos como a tales. Acuérdate. No te olvides que tú debes ayudarles a salvar sus almas, llevándoles a sus lugares de trabajo, para que así puedan trabajar y sostener decentemente a sus esposas e hijos, llevándoles a la Iglesia, llevándoles también a sitios donde puedan gozar de algún recreo sano (quizá también a otros sitios peores;

pero tú no eres responsable de esto último). En una palabra acuérdate de que tienes que tratarlos como a templos del Espíritu Santo y cumple con tu deber”.

Este sentido de vocación que el LABOR SCHOOL trata de meter en los obreros les ayuda a considerarse como personas capaces de crear un influjo moral entre sus compañeros de trabajo, dispuestos a luchar por el bien en contra del mal. Conciencia de su vocación que les mantiene en su propio trabajo sin dejarse seducir por otros que no les son propios. Nos habla el P. Carey de un conductor de autobús que sabía que perdería su trabajo si se levantaba para defender los derechos de sus compañeros. Se levantó y perdió el trabajo. El Padre nos dice que le preguntó que si en aquella circunstancia no había tenido en cuenta la suerte de su esposa e hijos “¡Claro que sí, Padre; pero no por eso podemos dejar de obrar conforme a nuestra fe. No debemos permitir que nuestros hijos se avergüencen algún día de nuestra cobardía”.

En este apostolado de ser un buen líder de sindicatos lo primero que hace falta es saber ver las cosas espirituales, defender los derechos de Cristo en la fábrica o en el taller. Estas dos cosas en primer lugar. El líder obrero (que en la opinión del Padre no hace falta que sea necesariamente persona que ostente algún cargo) puede ser un poderoso mediador de paz entre intereses aparentemente opuestos. También la vocación del sacerdote es la de mediador. “Acto seguido les hablo de la vocación del trabajador, de cómo el trabajador debe llevar a Cristo a los sitios en donde trabaja. Hablar como sacerdote. Comprender a los trabajadores con la comprensión de un sacerdote. He aquí la misión del Padre Carey entre los trabajadores. El mismo resume toda su misión con un célebre pasaje de San Pablo tomado de la epístola a los hebreos: “porque todo sacerdote pontífice escogido de entre los hombres es constituido en pro de los hombres... capaz de ser indulgente con los ignorantes y extraviados, dado que también él está cercado de flaquezas, razón por la cual debe, por sí mismo no menos que por el pueblo, ofrecer sacrificios por los pecados”.

